

Las Industrias Otomíes del Valle del Mezquital

Por Francisco ROJAS GONZALEZ,
del Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional.



“El malacate gira incansable...”

LA agricultura de la zona no irrigada del Valle del Mezquital, en el Estado de Hidalgo, resulta impracticable; las tierras, aunque profundas y de buena calidad, exangües por el monocultivo del maíz de temporal, rinden miserables frutos. Los otomíes, habitantes de la región, impulsados más por la costumbre ancestral que por la esperanza de levantar alguna cosecha compensadora de esfuerzos y desvelos, cultivan sus tierras año con año, viendo con pasmosa resignación como “el mal cielo” se desnuda de sus nubarrones prometedores, para vaciarlos lejos, por las vegas de los ríos Claro, Amajac o Alto Moctezuma, mientras que sus sembreras reseca, luchan contra la invasión de los cactus que se desprenden de las faldas de las colinas chaparras y agresivas clavadas en medio de los campos labrantíos.

Los viejos otomíes tienen por sabido—y su apreciación ha sido confirmada ya perfectamente tras el estudio de las condiciones de su agricultura—que cada

cinco años se levanta una cosecha de maíz apenas capaz de resarcir a los labriegos de los gastos y del trabajo empeñados en su cultivo; entre lapso y lapso de cinco años, se pierde generalmente lo sembrado, no logrando alzar de toda una sementera ni una flaca brazada de rastrojo.

Es positivamente conmovedor ver cómo los indígenas se ingenian por arrancar a la tierra sus frutos y esta impresión se agudiza al constatar que el otomí es un buen agricultor, bastando observar, como un ejemplo, los maravillosos sembradíos por ellos cultivados sobre las tierras irrigadas del Maye, lugarejo aldeaño a Ixmiquilpan, en donde, sobre un puñado de tierra admirablemente repartida hasta el décimo de hectárea, ensayan cultivos intensivos como las hortalizas, los frutales y el ajo, del que suelen recolectar hasta dos cosechas por año.

Desgraciadamente el Maye es sólo un oasis en medio de la sabana cubierta por la vegetación más agreste: cactáceas, agaves, yucas o algunos arbustos de escasa sombra que sirven de aprisco al ganado menor diezmado por la sed y el hambre.

Estas condiciones han obligado a los otomíes a buscar el sustento en otra actividad: la industria.

El mismo medio inhospitalario y agresivo les proporciona con su flora la base de donde partir a la realización de una industria que hasta ahora les ha dado, si no lo suficiente para satisfacer sus modestas necesidades, si una fuerte ayuda que combinada con otras actividades remunerativas sirven de sostén a su precaria estructura económica. Nos referimos a la jarciería que comprende el tallado, hilado, tejido o trenzado de las fibras duras obtenidas del maguey o de otros agaves, entre los que existen las más profusas variedades: el *boomdá*, el *ebo-guadá* o *bootá* (maguey negro); el *tash-guadá* (maguey blanco); el *tziyé* (penca delgada); el *can-guadá* (maguey azul), etc.; la lechuguilla (*agave etherocanta*) y el *tzitá*, pequeño maguey del que se extrae la fibra tosca y amarillenta conocida generalmente con el nombre de jarcia.

La industria propiamente dicha consiste en la fabricación de reatas, lazos, costales, escobetas, cinchas, tapetes, cordelería, etc., etc.; pero el grueso de esta industria se localiza en el ayate, a cuya producción se dedican todos los habitantes indígenas de la zona árida del Valle del Mezquital, por haber tenido este efecto y sostener en la actualidad—aunque en una escala bien reducida—una demanda nacional.

EL AYATE. El ayate es una malla tejida ralmente con hilo de "ixtle", según la voz náhuatl, o "santbé", según el vocablo otomí, que se obtiene tras el

tallado de las pencas del maguey pulquero ordinario. La variedad de tipos de ayate manufacturados en la región es muy grande, pues se conocen los de calidad finísima como aquellos que los otomíes, hombres y mujeres, usan de adorno en sus grandes festividades, o los toscos y resistentes que se emplean en las labores agrícolas o mineras.

La producción puede considerarse resultado de una tenaz labor dentro de una industria típica familiar. El hombre talla algunas veces las pencas de sus propios magueyes *ñonfis*—plantas que han dado ya su producción de pulque—y obtiene en tal forma la fibra suficiente para la producción familiar. Las mujeres y los hijos ayudan a torcer la fibra lacia y dura; el malacate, instrumento primitivo de origen prehispánico, baila constantemente entre las ágiles manos de los indígenas; los acompaña en todos los actos de su vida: en el mercado, en la iglesia, en la fiesta o en el velorio, e incansablemente produce cientos y cientos de metros de hilo destinado a transformarse en muchos ayates, el producto industrial de más demanda en los *tianguis* regionales. El torcido del *santbé* puede considerarse dentro de la atareada vida otomí, más que una ocupación constante, una monomanía imprescindible, con cuyo producto en dinero se redondea el paupérrimo presupuesto doméstico. Es notable observar a algunas mujeres indias con el crío cargado a la espalda y llevando sobre la cabeza un pesado tercio de leña, mientras apacienta una manada de cabras . . . como si estas ocupaciones no fueran suficientes para resolver su diario problema, todavía entre sus dedos ensalivados el malacate gira incansable. Cuando los otomíes mueren, dentro del féretro y al alcance de sus manos, va el malacate, compañero entrañable.

El resultado de este sistema industrial es una elevadísima producción ayate-ra, la que, según el cálculo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, alcanza el volumen de 260,000 piezas anuales, que dejan a los indígenas una utilidad de cien mil pesos en números redondos y para los acaparadores del producto una suma cercana a cincuenta mil pesos.

Estas cifras podrían elevarse considerablemente si la técnica de la industria y de la venta mejoran, pues cuando el torcido de la fibra suelen hacerlo los grandes productores regionales en un torno de madera puesto en movimiento por medio de la mano, con este recurso aumentan su producción en más de un ciento por ciento en relación con el procedimiento del malacate.

El tejido del ayate, labor exclusiva de las mujeres, se realiza por medio de un telar de tipo prehispánico—idéntico al que se observa en los códices—generalmente colgado a un árbol del solar, cercano a la cocina, para permitir a la “tejendera” atender a sus labores domésticas.

La producción se realiza en diferentes formas, siendo las más comunes la familiar, la de taller por salario y la de taller a destajo. El valor del producto varía, naturalmente, de acuerdo con lo apretado del tejido y con la calidad de la manufactura.

El producto semanario—doce ayates por término medio—de la industria familiar, se reduce, según los cálculos realizados con toda meticulosidad por este Instituto a \$3.64.

En cambio, la producción a destajo da al dueño del taller una utilidad de \$1.18 por docena, llegando a producir hasta cinco semanariamente.

Es de consignarse que la inmensa mayoría de los habitantes del Valle del Mezquital se dedican a la industria del ayate, habiendo algunas mujeres que venden el hilo torcido a los talleres, otras que se alquilan como “tejenderas” y hombres que venden el ixtle de sus magueyes o las pencas de los mismos.

El trabajo de la mujer en la industria de los ayates es muy importante, pues además del hilado, del que es la más alta productora, teje los ayates y vende a los acaparadores su producto. La labor del hombre se reduce, cuando no tiene que tallar las pencas, a hilar una mínima parte de la fibra. Los niños ayudan al padre y las niñas a la madre y ambos acarrear el agua para el lavado del ixtle, pesada maniobra que muchas veces implica dos o tres horas de viaje entre su jacal y el río que pasa a varios kilómetros de distancia.

LA JARCIA.—La fibra usada para la manufactura de sogas, cordelería o costalera, se obtiene de un pequeño agave, conocido en la región con el nombre español de lechuguilla o por el otomí de *tzitá* (*agave etherocanta*).

La lechuguilla crece silvestre sobre los cerros de donde suelen proveerse algunos fabricantes. Sin embargo, este procedimiento resulta a la postre perjudicial para la industria, ya que la absoluta libertad con que obran los “talladores”, les permite podar plantas aún muy jóvenes, impidiendo así su desarrollo total y, por lo tanto, su mayor y mejor producto.

Existen también plantíos particulares, de donde los dueños venden, ya bien simplemente las matas por unidad, o la fibra ya extraída (*jesbi*) a la que le dan un precio por kilogramo.

La pulpa de la lechuguilla (*sbité*) tiene gran demanda en todos los mercados regionales, siendo conocida por el nombre de origen náhuatl de *sbishi* y es empleada con gran éxito para el lavado o desmanchado de ropas finas.

La fibra de la lechuguilla que se transforma casi exclusivamente por medio del torcido, se obtiene tras un procedimiento semejante al del *santhé* o *ixtle* —tallado de la penca con una cuchilla sin filo sobre un tronco o una piedra áspera—. La producción también se realiza dentro de la familia, aun cuando lo pesado del tratamiento amerita casi siempre la atención de los hombres o de las mujeres adultas.

Ninguna industria regional ofrece en su técnica mayores variantes que la de la jarcia, sin embargo, estamos en aptitud de calcular una utilidad para los productores, incluyendo en ella el producto del *shité*, de \$0.67 diarios.

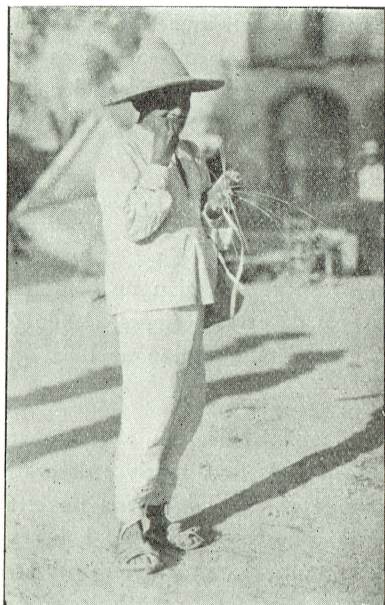
El sistema de producción está de tal manera arreglado, que a pesar de lo complejo de la industria los hombres trabajan en ella todos los días de la semana, excepto los lunes que es día de *tianguis* en los mercados de Ixmiquilpan y Xuchitlán, lugares donde se concentra el grueso de la producción de reatas y demás efectos de lechuguilla.

Como podrá observarse, resulta más productiva la industria de la jarciería que la del *ixtle* o *santhé*, siendo menor el número de hombres dedicados a la primera de estas actividades. El fenómeno se explica cuando se tiene en cuenta que la técnica para el trato de la lechuguilla es más complicada que la de la manufactura de ayates o el simple tejido de hilo de *ixtle* al malacate.

INDUSTRIAS SECUNDARIAS DEL SANTHE.—Además de la producción de ayates y cordelería, los otomíes se dedican a la fabricación de cinchas para bestias de carga, de *mecapales* para uso de los cargadores indígenas o de coyundas. Esta labor de simple torcido y trensado está encargada exclusivamente a las mujeres y la utilidad que se obtiene es asombrosamente baja: \$0.18 diarios. Las tejedoras trabajan seis días a la semana.

SOMBRERERIA.—Los sombreros de “vuelta y vuelta” o de “tornillo”, con cuyos nombres son conocidos en la región estas prendas de uso constante entre los indígenas y mestizos, se producen exclusivamente en los pueblos de Boshtoo, San Antonio Tezoquipan y San Lucas, del Municipio de Alfajayucan. Es esta una industria característicamente doméstica y parte de su elaboración, el tejido de las cintas de palma que sirven para formar el sombrero, se combina con otros trabajos como el del pastoreo, la carga y el comercio. Por su carácter este trabajo no requiere lugar fijo, pues el tejido lo hacen, como ya se ha dicho, asociado a otras labores. Siempre se ve a los indígenas sombrereros dando a sus obras

los últimos toques. La labor que requiere mayor quietud es el cosido y se realiza en las habitaciones de los industriales o bien en el mismo mercado a la hora de su venta. Hay, sin embargo, una concentración de trabajadores en locales determinados, que andando el tiempo darán lugar al nacimiento y desarrollo de talleres propiamente dichos.



“La industria otomí de los cestos, tiene un gran futuro...”



“...y hombres que venden el ixtle de sus magueyerías...”

El producto de la sombrerería resulta inmejorable, ya que es muy durable y apropiado para las labores campiranas por su frescura y ligereza. Se estima que estos sombreros con mejor presentación, tendrían pronto gran demanda no sólo entre los campesinos de la República, sino hasta entre los visitantes o turistas, quienes ya los adquieren desde ahora a pesar de su aspecto poco atractivo para los gustos refinados.

El jornal que obtiene un sombrerero es de \$0.30 y trabaja seis días a la semana; su producción alcanza a cuatro sombreros.

INDUSTRIA DE LA LANA.—El ganado lanar, aunque no es escaso en el Valle del Mezquital, es de una clase muy corriente, por lo que su producción de

lana no es suficiente para suplir la demanda de la industria, la que tiene su asiento principal en los poblados del Nith y San Nicolás, del Municipio de Ixmiquilpan.

Los pequeños industriales de la sarapería, se ven obligados a salir en busca de lana hasta Actopan o Alfajayucan, cargándose dichos viajes al costo de su producción.

La técnica del trabajo no difiere esencialmente de la que se emplea en las industrias similares de otras regiones del país, pues usan el mismo sistema de lavado, carda torcido e hilado, así como el tejido en telar fijo tipo español colonial. La mujer auxilia al hombre generalmente en las labores de rueca y la industria puede considerarse familiar.

Los jornales alcanzados en esta industria son de \$0.73 y la producción no pasa de cinco libras de lana semanarias.

El producto resulta bastante bueno aunque su presentación no compita, ni con mucho, con la belleza peculiar de los sarapes de otras regiones, siendo éstos a tonos grises opacos, sin que se observe en ellos detalle alguno de buen gusto decorativo.

En cambio, las maravillosas bolsas otomíes también de lana, si son una demostración palpable del genio artístico de estos indígenas; sus motivos decorativos son más que elegantes de una suntuosidad admirable. Esta industria no está lo suficientemente comercializada, ya que los más bellos ejemplares de bolsas tejidas con gran finura y ornamentadas con dibujos fantásticos y fuertemente atractivos, los indígenas las manufacturan para su uso personal o para regalarlas en prueba de gran estimación a amigos y familiares, negándose sistemáticamente a venderlas aunque la oferta sea tentadora.

Otro tipo de estas bolsas se expende en las tiendas de las poblaciones a precios relativamente bajos; pero en ellas no se advierte la perfección del trabajo material y artístico que distingue a las manufacturadas por los naturales para su propio uso.

CESTERIA.—Finalmente tenemos en el Valle del Mezquital la industria otomí de las cestas. Dichos artefactos se fabrican con tiras de carrizo o con varas de sauce.

Las primeras tienen gran demanda regional para uso doméstico y su calidad material es magnífica, no siendo la artística nada extraordinaria en México, pues el producto es semejante al manufacturado en el resto del país.

La producción semanal de estos canastos llega aproximadamente a 700, siendo el jornal obtenido por los pequeños industriales de \$0.19. Los fabricantes de cestos de carrizo trabajan toda la semana sin descanso.

En cambio, los canastos tejidos con varas de sauce de los que crecen en las márgenes del Río Moctezuma o en los alrededores de Tasquillo o de la Hacienda de La Florida, si son de un atractivo aspecto y su construcción resulta fuerte y flexible. Desgraciadamente el desarrollo de esta industria no es permanente, pues debe efectuarse el corte de los renuevos de los sauces en determinada época del año y el tejido de los cestos tiene que hacerse con las varas recién cortadas para evitar que se endurezcan al grado de hacer difícil el trenzado. Los indígenas tienen la preocupación de que la poda debe hacerse precisamente en plenilunio.

Los jornales obtenidos por los trabajadores de la cestería "de vara", son sin duda los más altos entre los pequeños industriales del Valle, alcanzando hasta la suma de \$1.60; pero debe tenerse en cuenta que sólo trabajan cuatro meses del año; la producción semanal de canastos "de vara", llega a mil aproximadamente.

FUTURO DE LAS INDUSTRIAS.—La industria de la jarciería en general experimenta ahora una postración difícil ya de tornarse en prosperidad, pues la industria nacional y extranjera desplaza día a día a las manufacturas autóctonas. Los ayates, por ejemplo, antiguamente con fuerte demanda en el Norte del país para la cosecha de algodón, han sido sustituidos por bolsas de lona de procedencia extranjera, las que se adaptan más prácticamente a las necesidades de aquellos campesinos; el ejército ha cambiado el ayate por la almohaza metálica; los agricultores del interior prefieren en muchas ocasiones la costalera de yute sobre la de jarcia y la cordelería de henequén ha desplazado totalmente a los ásperos mecates de lechuguilla en los trabajos mineros, aún en lugares en donde los calabotes de "jesbi" sirvieron durante centurias: los minerales de Hidalgo, Guanajuato y Jalisco.



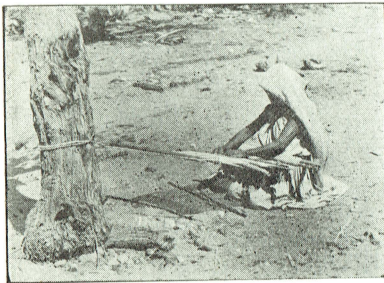
"Los sombreros de *tornillo* o de *vuelta y vuelta*..."

La decreciente demanda de estos efectos, es aprovechada inteligentemente por los acaparadores para imponer a los productos de esta industria precios bajísimos, con graves perjuicios para los productores.

La sombrerería, como ya dijimos, puede ser una industria de buen porvenir, si se perfecciona la presentación del producto o si se adapta a las necesidades o gustos de otras regiones rurales del país, como lo han hecho los inteligentes industriales de Tehuacán o Guadalajara, quienes inundan en la actualidad con sus manufacturas todos los mercados nacionales.

La industria de la lana tiene también probabilidades de mejoramiento, si se fomenta en alguna forma el desarrollo de la ganadería lanar en la región y si el volumen de la producción de bolsas artísticas crece en forma de suplir por completo a la creciente demanda. Si los sarapes fueran decorados con la suntuosidad y buen gusto que se emplea para las bolsas, éstos pronto disputarían la fama a los de Saltillo o Oaxaca.

Finalmente, la cestería de varas de sauce puede alcanzar, con mejorar un poco su presentación y con la manufactura de modelos originales y apropiados para el uso doméstico de los habitantes de los grandes centros de población, una demanda nacional de importancia.



El ayate es una malla tejida
ralamente. . .

Tal es la situación económica de los otomíes observada desde el punto de vista de sus industrias. La realidad no puede ser más desconsoladora, si se toma en cuenta el esfuerzo que ha representado para ellos aprovechar los míseros frutos que les brinda el ingrato suelo que habitan y extraer de ellos los elementos que, transformados, han dado lugar a una serie de industrias, a las que el incontenible progreso desplaza con crueldad implacable.

El Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma, señala las características en general de los condiciones de vida de los miserables indígenas del Valle del Mezquital, seguro de que las dependencias gubernamentales interesadas, sabrán aprovechar tales observaciones en servicio de un mejoramiento integral de la población estudiada.